

que los mil setecientos pasajeros hablasen á la vez. Todos describían, todos contaban, y eran relaciones concisas, pero interminables y diez veces repetidas por mil pequeños incidentes insignificantes que el miedo había ajigantado en la imaginación de cada uno, y que asumían en la exageración del discurso importancia de hechos dignos de poema y de historia.

La mitad de los pasajeros, olvidando ó negando el miedo propio, dibujaba con colores cómicos, fingiendo desdeñar y aun despreciando realmente el miedo de la otra mitad. Después de la cena se sintió á proa un rumor extraordinario de cantos y de gritos de borrachos. Y aun en nuestra mesa hubo fiesta. Todos se atracaron como lobos, contentos de la vida, chanceándose con el Océano. Y la comida concluyó cómicamente con un brindis que hizo el marsellés á la *fría intrepidez* del capitán, con el acento y la sonrisa consiguiente del que sabe lo que dice. Pero no estaba el abogado. Y, con amargura de todos, faltaba también la señorita de Mestre, que desde la primera de aquellas ocho horas de perturbación había sido profundamente emocionada produciéndole un vómito de sangre.



## XVIII

## ¡MAÑANA!

**A** la mañana siguiente, el cielo y el mar estaban espléndidos, y toda la población del *Galileo* en movimiento incesante; porque si el tiempo continuaba hermoso, se llegaría á América la tarde siguiente, acaso á hora de desembarcar; y era necesario preparar el equipaje con comodidad y ponerse un poco de acuerdo entre amigos y conocidos sobre lo que hubiera que hacer. El negocio más grave era la inscripción para el desembarque; esto es, decidir si convenía ir ó no al comisario y hacerse anotar entre aquellos que entendían valerse de las ofertas del Gobierno argentino, el cual pagaba el gasto del desembarque á los emigrantes que lo solicitasen, dándoles alimento y albergue por cinco días; y á aquellos que se trasladaban á las provincias del interior, viaje gratuito.



Aquel acto de hacerse ó no hacerse inscribir era llamado por los emigrantes «declarar querer ser ó no con la emigración». Cierto, que las ventajas eran grandes; pero eran más grandes todavía las desconfianzas, porque aquella generosidad del Gobierno (¡un Gobierno al fin y al cabo!) hacía sospechar que se escondiese algún engaño en ello, y que, al aceptarla, entre otras cosas, fuese un vínculo desde aquel momento la propia libertad con respecto á la elección de sitio y á las condiciones de los contratos.

Esto no obstante, los más aceptaban, y era una procesión continua á la oficina del comisario, que parecía reducida á una agencia. Entraban, y dando el nombre, estropeaban de cien maneras aquella única palabra difícil que tenían que decir: — Me apunte con la emigración. — Acepto la *an*migración. — Voy con la *in*migración. — O, bien, sin mas: — Fulano de Tal, *mi*gración. — Muchos, de otra parte, iban sin haber tomado todavía una resolución, como se va á consultar á un hombre de leyes, y después de haberse hecho dar muchos informes, rehusaban.

Las más perplejas eran las mujeres, las cuales, casi todas, se paraban á reflexionar aún alguna vez en el dintel, rascándose la frente, como si se hubiera tratado del destino de toda la vida; y algunas, después de haber dado su

nombre y salir, tornaban á la oficina con prisa media hora después á borrarse, porque habían sabido que el Gobierno *hacia traición*.

Con éstas agrupábanse otros emigrantes que venían á tomar informes respecto á la aduana, sobre si por tal cosa tenían que pagar ó no, y cuánto, y hasta acerca de si hubiese modo de evitar la visita, por vía de favor ó de astucia.

Y conmovía el oír de qué cosas tan pobres se trataba: de regalos las más veces, que llevaban á parientes ó amigos de América; quién una botella de vino *especial*, quién un queso, quién un embutido ó un kilogramo de sopa de Génova ó de Nápoles, un litro de aceite, una caja de higos secos, hasta un pañolón lleno de judías, pero de la propia casa, de tal rincón del huerto, del cual el pariente ó el amigo tenía que acordarse seguramente. Y venían á preguntar si estaba sujeto á impuesto una zampoña, un pito, un cofre lleno de sartenes y de ollas usadas ó algo por el estilo.

Todos parecían oprimidos por el terror á la aduana de Montevideo y de Buenos Aires, de la cual habían oído contar cosas fabulosas, y hablando como del paso por intrincada selva de mala fama, donde estuviera apostada cierta tropa que los iba á dejar sin camisa. Pero aquellos que daban más compasión eran los enfermos y los viejos solos; los unos temerosos de que



su fea cara llamase la atención al médico americano, en la visita de llegada, y que éste los hiciese meter en un lazareto; los otros atormentados por la duda de que no vinieran á bordo á tiempo, según aviso, el hijo ó el pariente próximo que debía garantir sus medios de subsistencia; sin lo cual, la justa ley argentina que rechaza las bocas inútiles de sesenta años, no hubiesen podido desembarcar. Los unos y los otros acudían á pedir al comisario, ansiosos, qué cosa les sucedería á ellos en cualquiera de estos dos casos desgraciados y salían bajando la cabeza tristemente.

\* \*

Y el comisario escribía y escribía; y volvían á pasar uno tras de otro los protestantes de la *montaña* á quienes había reprendido; las muchachas que le habían roto la cabeza con sus amores; las mamás que le habían fastidiado con los celos; los enamorados imprudentes, las comadres entrometidas; los pendencieros que se había visto obligado á separar ó á castigar; y á cada uno mostraba reconocerlo con una sonrisa ó con una inclinación de cabeza y con una buena palabra. Y yo, al lado de él no me can-

saba de mirar aquel cuarto lleno de registros y notas, pensando en cuántas relaciones de miseria y de mentiras novelescas de muchachas, iras de litigantes y llantos de mujer, habría ya escuchado. Y más que otra cosa me llamaba la atención las sacas del correo acumuladas en un rincón, atadas y selladas. Porque estaban allí dentro los fragmentos del diálogo de dos mundos; quién sabe cuantas cartas de mujer que por la tercera ó cuarta vez pedían dolorosamente noticias del hijo ó del marido, que no daban señales de vida hacía años: ó de súplicas porque volvieran ó los llamasen al lado de ellos: peticiones de socorros, anuncios de enfermedades ó de muertes: retratos de los muchachos que los padres no habrían jamás reconocido; y reclamos desolados de novios y mentiras desvergonzadas de mujeres infieles y últimos consejos de ancianos: todo esto mezclado en cartapacios orlados de cifras de banqueros, epístolas amorosas de bailarinas y de coristas, prospectos de comerciantes de vermut, fajos de periódicos esperados con ansia por la colonia italiana, ávida de noticias de la patria; quizás la última poesía de Carducci ó la nueva novela de Verga: una confusión de paquetes de todos colores, escritos en chozas, en palacios, en oficinas, en desvanes, riendo, llorando, temblando. Y todos aquellos sacos serían desparramados dentro de po-



cos días desde las embocaduras del Plata á los confines del Brasil y de Bolivia, hasta las orillas del Pacífico, en el interior del Paraguay y más abajo de las laderas de los Andes, provocando alegrías, remordimientos, dolores, temores; los cuales después, y á su vez, recogidos en otros sacos, habrían hecho en dirección opuesta el mismo viaje, amontonados en otro cuarto como aquel, donde deberían ver pasar otras procesiones de gente pobre que volvía al mundo viejo, puede ser que menos pobres, pero no más felices que cuando lo habían abandonado con la esperanza de mejor suerte.

\*  
\* \*

Entretanto, la procesión continuaba.—Tal de tal: está con el Gobierno.—Mengano: con la migración.—Cayo: desembarco y asilo...—El trabajo fué interrumpido por una aparición imprevista de la boloñesa, que venía con toda su furia encima á lamentarse de una nueva y sangrienta ofensa de un gran canalla, el cual, pasando á su lado y tocándole la bolsa misteriosa, le había dicho con evidente alusión aquella cierta probabilidad irrepetible:—Pagan derechos.—Esta lo quería ver sobre el puente de

mando con grillos en los pies y esposas en las manos, ó proclamaría delante de todos los cónsules de América que los empleados del vapor tenían mano y connivencias con todos los más descarados perdidos de tercera, para deshorrar las muchachas honestas. Estando cerca de América, no hablaba mas que del pariente periodista. El comisario la despachó sin alterarse, prometiéndole que, concluida la inscripción, haría justicia, volviéndose indiferente hacia dos labradores irritados, los cuales volvían para borrarse de la lista, para no caer en las manos de aquella *partida de ladrones* que se ofrecían á desembarcar gratis á los emigrantes para ser los primeros en saquearlos y en hacer proposiciones poco lícitas á sus mujeres. Eran evidentemente noticias recogidas en caliente en proa, donde los agitadores trabajaban por aumentar el fuego de las cabezas. Marchándome allí, en efecto, ví sobre el castillo al viejo del gabán verde, que peroraba en medio de un auditorio más numeroso que el de ordinario, apoyándose, puede ser que por simpatía política de color rojo, al ancla de la esperanza, sacudiendo al viento sus cabellos grises. La reprensión del capitán por la protesta de los cuarenta y siete, no le había infundido miedo; él había respondido que se habría *hecho oír en los periódicos*. Ahora, pues, la proximidad á la tierra de la libertad lo alentaba todavía más, y



no sólo no bajaba más la voz cuando algún *sangrador* del pueblo pasaba por aquella parte, sino que la hinchaba, ronca y ruda como el sonido de una trompa, hinchándosele las cuerdas del cuello hasta parecer que iba á saltarle el pellejo.

Daba consejos y amonestaciones que dejaban suponer que no hacía aquel viaje por vez primera: que se guardasen de los argentinos, de los hacendistas de la colonia italiana, de los cónsules, de los protectores de todos matices, pues estaban todos de acuerdo; todos bribones que tendían á engordar á expensas de la emigración. Miren sobre todo, al desembarcar, á los equipajes, que serán robados á mansalva: no quitan ojo á las mujeres y las hijas, pues se habían dado casos funestos de violencias consumadas por los agentes del Gobierno, á la luz del sol, á la vista de los padres y de las madres. Y nada de asilos, que eran barracas ruinosas, donde llovía en las camas, y no quitaban el hambre, ó metían en la sopa porquerías para entontecer á la gente, reduciendo á un hombre á no saber hacer la cuenta más simple, y entonces venían después las bribonadas en la proposición de los contratos. — ¡Alerta, hijos míos! — gritaba; — muy alerta, ó seréis asesinados peor que en la patria! — ¡Desdichado del que se confie! — Pero no era él solo el que arengaba; otros

charlatanes acá y allá estaban actuando de oradores; fuí de aquí para allí, toda la mañana. Sobre el castillo central pronunciaba una conferencia el ex cocinero doctor, aficionado á la ocarina. Él había visto de todo, sabía todas las cosas, tenía un consejo franco y seguro para todos, para cualquier parte de América donde anduvieran, como si en cada país hubiera estado muchos años y hubiese ejercido todos los oficios. Hablaba de las perversidades que se cometían con los emigrantes que tenían alguna cosa: «cesión de tierras lejanas por un pedazo de pan: tierras fértiles y regadas, donde se habrían hecho ricachones en diez años»: y los mirlos, vaciada la bolsa y marchados, encontraban después desiertos de arena, aires de miasmas pútridos, los indígenas á pocas millas, los leones al llegar la noche, y serpientes de cinco metros que se colaban en las casas. Y obligados á escapar del hambre, debían viajar á pie centenares de millas antes de encontrar un lugar habitable, azotados por la lluvia semanas enteras, arrastrados por viento infernal que llevaban en volandas perros y vacas como hojas secas. A tales discursos, algunos, sospechando la exageración, se encogían de hombros y se marchaban: pero otros se lo bebían todo y quedaban pensativos con los ojos en el entarimado. En otros grupos, sin embargo, predicaban los optimistas: un mun-



do nuevo, no más tasas, no más levadas, no más tiranías: la tierra germinaba apenas tocándola con el arado, la carne á cincuenta céntimos el kilo, países de cuatro mil almas donde no se veía el entrecejo de un «señor». Y citaban casos de rápida fortuna, los graneros atestados, los trabajadores del campo que pagaban un profesor particular para los hijos. «¡Viva América! ¡Se acabaron las tribulaciones, vive Dios!»

\*  
\*  
\*

En aquella preocupación general se reconocía á primera vista que el eterno femenino había pasado á segunda fila, que muchas parejas amorosas debían haber quedado reducidas á *ases*; no se veían ya todos aquellos adoradores de ojos fijos, que arrullaban las horas enteras á su bella, ó andaban á su alrededor medio día para aprovechar el momento de decirle una palabra al oído ó darle un pellizco en el brazo. Pero aquella preocupación dejaba más pronto libres á los pocos que habían sido fieles. Entre éstos, noté al pobre escribanillo modenés que había vuelto á la antigua contemplación, apostado un poco más lejos que antes, pero más inmóvil, más extático, más apasionadamente enamorado

como si los malos tratamientos, los pescozones, y las humillaciones ¡pobrecillo! no hubieran logrado otra cosa que hacer aparecer más bello y más querido el objeto adorado por el que había sufrido tanto. Yo lo observé un rato desde el puente de mando, y no lo ví ni mover el cuello, ni plegar la cintura, ni desviar los ojos, sino por la duración de un suspiro, de la muchacha; la cual estaba sentada, en el sitio de siempre, haciendo calecta, pegada á su hermanito, erguida sobre su bello torso de virgen robusta y sana, más blanca, más limpia, más fresca que nunca.

Tenía siempre aquella su cara plácida, que desde algunos días se había ligeramente hecho sombría; pero no tardé en advertir que la humilde é infatigable adoración de aquel pobre muchacho, solo, débil, feo, ridículo, debíale haber despertado un sentimiento de piedad y benevolencia de amiga y de hermana, que ella sin duda se creía en deuda de dejar transparentar, por gratitud; porque en el momento en que estaba yo para alejarme, mientras ella giraba en derredor su tranquila mirada de costumbre, ví sus ojos fijarse por algún momento con expresión clarísima de bondad y de simpatía—y no me parece que debiera ser la primera vez—sobre aquella cara. ¡Ah, Dios del cielo! Aquellos ojos resplandecieron como un espejo al sol, ruborizóse, se estremeció, y después